

XX

LA EMBOSCADA

La puerta del cuarto acababa de abrirse bruscamente y dejaba ver tres hombres con blusas azules, enmascarados con caretas de papel negro. El primero era delgado y llevaba un enorme garrote ferrado, el segundo, que era una especie de coloso, tenía en la mano, por la mitad del mango y con el hacha hacia abajo, un destrial de los que se usan para acogotar las reses. El tercero, rechoncho de espaldas, ménos flaco que el primero y ménos macizo que el segundo, llevaba empuñada una enorme llave robada de la puerta de alguna cárcel.

Parece que lo que esperaba Jondrette era la llegada de aquellos hombres. Un diálogo rápido se cruzó entre él y el hombre del garrote, el flaco.

— ¿Está todo listo! preguntó Jondrette.

— Sí, contestó el hombre delgaducho.

— ¿Pero donde está Montparnasse?
— El primer galan se ha detenido ahí fuera hablando con tu hija.

— ¿Con cuál de ellas?

— Con la mayor.

— ¿Hay abajo un fiacre?

— Sí.

— ¿Está enganchado el bisdoston?

— Está enganchado.

— ¿Con dos buenos caballos?

— Excelentes.

— ¿Espera donde yo dije que esperase?

— Sí.

— Está bien, dijo Jondrette.

El señor Leblanc estaba muy pálido. Examinaba todo cuanto le rodeaba en aquel miserable desvan, como un hombre que comprende dónde se ha metido, y su cabeza, dirigida sucesivamente hácia todas las cabezas que allí había, giraba sobre su cuello con una lentitud que revelaba al mismo tiempo la atención que prestaba á lo que estaba viendo y la extrañeza que todo aquello le causaba, pero sin que en su actitud hubiera nada que se pareciese al miedo. Habíase hecho él de la mesa una trinchera improvisada; y aquel hombre que, un momento ántes, sólo tenía trazas de ser un buen viejo, se transformó súbitamente en una especie de atleta, y colocaba su puño robusto sobre el espaldar de su silla con un gesto sorprendente y formidable.

Aquel anciano, tan firme y tan valiente en presencia de tal peligro, parecía una de esas naturalezas que son valerosas como son buenas, es decir, de una manera fácil y sencilla. El padre de la mujer á quien amamos nunca es para nosotros un sér extraño. Marius se sintió lleno de una altiva y valerosa arrogancia á la vista de aquel desconocido.

Tres de los hombres de quienes Jondrette había dicho : *son deshollinadores*, habían tomado, en el monton de herraje, el uno unas grandes tijeras, el otro unas tenazas, el tercero un martillo, colocándose en seguida los tres al traves de la puerta sin pronunciar una palabra. El viejo había permanecido sobre la cama, sin haber hecho hasta entónces más que abrir los ojos. La Jondrette se había sentado junto á él.

Pensó ya Marius que, ántes que transcurrieran algunos segundos, sería llegado el momento de intervenir, y levantó la mano derecha hácia el techo, en la direccion del corredor, pronto á hacer oír su pistoletazo.

Uua vez concluido su coloquio con el hombre del garrote, Jondrette se volvió de nuevo al señor Leblanc y le repitió la pregunta de ántes, acompañándola con aquella risita baja, contenida y terrible que él tenía :

— ¿ Conque ya no recuerda usted quién soy yo ? ¿ no me conocè usted ?

El señor Leblanc le miró de frente y respondió :

— No.

Entónces Jondrette se acercó hasta á la mesa. Se empujó por encima de la vela, cruzándose de brazos, aproximando su mandíbula angulosa y feroz al semblante tranquilo y apacible del señor Leblanc, y avanzando todo lo más que le era posible, sin que el señor Leblanc reculara, y en la postura de la bestia dañina que va á morder gritó :

— Yo no me llamo Fabantou, tampoco es mi nombre Jondrette, ¡ me llamo Thénardier ! ¡ yo soy el posadero de Montfermeil ! ¿ lo oye usted bien ? ¡ Thénardier ! ¿ es que ahora ya me conoce usted ?

Un color rojo imperceptible atravesó la frente del señor Leblanc, quien contestó sin que su voz temblara, y sin elevarla tampoco, con su lucidez y con su serenidad ordinaria :

— No le conozco á usted ahora más que ántes.

Marius no oyó esta respuesta. Quien le hubiese visto en este momento, en medio de aquella oscuridad, le habría encontrado huraño, estúpido, aterrado. En el instante en que Jondrette dijo : *Yo me llamo Thénardier*, Marius tembló en todos sus miembros, y se apoyó contra la pared, como si hubiera sentido el frío de una hoja de acero que le atravesara el corazón. Su brazo derecho, que estaba ya pronto á disparar el tiro de señal convenido, bajó lentamente, y en el momento en que Jondrette repitió : *¿ Lo oye usted bien ? ¡ Thénardier !* los dedos desfallecientes de Marius estuvieron á punto de dejar caer la pistola en tierra. Al descubrir quién era él, Jondrette no logró conmovér al señor Leblanc, pero trastornó á Marius. Este nombre de Thénardier, que parecía no conocer el señor Leblanc, le conocía Marius perfectamente. ¡ No hay más que recordar aquí lo que semejante nombre era para él ! ¡ había él llevado aquel nombre sobre su corazón, escrito nada ménos que en el testamento de su padre ! le llevaba aún siempre en el fondo de su pensamiento, en el fondo de su memoria, en esta recomendación sagrada : « Un tal Thénardier » me salvó la vida. Si mi hijo le encuentra, le hará todo el bien que pueda. » Segun recordará el lector, este nombre constituía uno de los objetos de piedad en su espíritu ; uniéndole él al nombre de su padre en su culto interno. ¡ Cómo ! ¡ era este aquel Thénardier, era este aquel mesonero de Montfermeil á quien él había buscado en vano durante tanto tiempo ! ¡ Al fin le hallaba, pero de qué manera ! ¡ aquel hombre, salvador de su padre, era un bandido ! ¡ aquel hombre, por el cual él, Marius, deseaba ardientemente sacrificarse, si necesario fuese, era un monstruo ! ¡ aquel libertador del coronel Pontmercy estaba en vías de cometer un atentado cuya forma no distinguía aún Marius muy claramente, pero que tenía todas las trazas de un asesinato ! y contra quién, ¡ gran Dios ! ¡ qué fatalidad ! ¡ oh

amarga burla de la suerte! Su padre le ordenaba desde el fondo de su tumba que hiciera todo el bien que pudiese á Thénardier; de cuatro años á esta parte, Marius no tenía otra idea que la de pagar esta deuda de su padre, y en el momento en que él iba á hacer que la justicia se apoderase de un bandido en flagrante perpetración de un crimen, el destino le grita: ¡Ese es Thénardier! la vida de su padre, salvada en medio de una lluvia de metralla, en el campo heroico de Waterloo, iba él al fin á pagársela aquel hombre, ¡y pagársela con el cadalso! Habíase él prometido, si alguna vez se encontraba con Thénardier, no abordarle sino arrojándose á sus piés; ¡y le había hallado en efecto, pero para entregarle al verdugo! Su padre le decía: ¡Socorre, ampara á Thénardier! y él respondía á esta voz adorada y santa, ¡aplastando á Thénardier! dar por espectáculo á su padre, en la tumba, al hombre que le había arrancado de las garras de la muerte con peligro de su propia vida, ajusticiado en la plaza de Saint-Jacques por el hecho de su hijo, ¡de este Marius á quien él legara la memoria y la suerte de aquel hombre! ¡y qué irrisión, el haber llevado tanto tiempo sobre su pecho las últimas voluntades de su padre escritas de su mismo puño para hacer horriblemente todo lo contrario! ¡pero, por otra parte, presenciar aquella asechanza, aquella horrorosa é inicua emboscada, y no impedir la perpetración del crimen! ¡cómo! condenaría él á la víctima y salvaría al asesino! ¿es que por ventura estaba él obligado á algún reconocimiento para con aquel miserable? Todas las ideas que Marius tenía en su mente hacía ya cuatro años se hallaban trastornadas y como atravesadas de parte á parte por este golpe inesperado. Estaba temblando. Todo allí dependía de él. Sin que ellos pudieran sospecharlo, tenía él en su mano aquellos seres que en su presencia se agitaban. Si disparaba el pistoletazo, el señor Leblanc estaba salvado y

Thénardier perdido; si no le disparaba, el señor Leblanc era sacrificado, ¿y quién sabe? Thénardier escapaba. ¡Precipitar al uno, ó dejar que sucumbiera el otro! remordimientos por una y otra parte. ¿Qué hacer, pues? ¿qué elegir? ¡faltar á la memoria más imperiosa, á tantos empeños, á tantos compromisos graves, profundos, adquiridos consigo mismo, al más santo de los deberes, al texto más venerado! ¡faltar al testamento de su padre, ó dejar que se consumara un crimen! parecía, por un lado, oír á « su Úrsula » suplicarle por su padre, y por otro, al coronel recomendándole á Thénardier. Hallábase fuera de juicio, loco en medio de tan terribles contradicciones. Sus rodillas desfallecían: y no tenía siquiera tiempo bastante para deliberar; tal era la furia con la cual se precipitaba la horrenda escena que tenía ante sus ojos. Era como un torbellino del cual creía él ser dueño, pero que le arrebatava. Hubo un momento en que estuvo á punto de caer desmayado.

Entre tanto Thénardier, — pues ya no le llamaremos de otro modo en lo sucesivo, — se paseaba á lo largo del cuarto, por delante de la mesa en una especie de delirio y de triunfo frenético.

Agarró con todo el puño la vela y la colocó sobre la chimenea, dando en esta un porrazo tan violento, que faltó muy poco para que la mecha se apagara, saltando el sebo y salpicando la pared.

En seguida se volvió hácia el señor Leblanc, con un gesto espantoso y repugnante, y le arrojó esta expectoración: — Perdido, arruinado, fastidiado, frito, refrito y cochi-frito... ¡á la *crapaudine*!

Y volvió á emprender sus paseos, en plena explosión. — ¡Ah! al fin he vuelto á dar con usted, señor filántropo! ¡señor millonario de chaqueta raída! ¡señor regador de muñecas! ¡maricon! ¡viejo bragazas! ¡ah! con-

que no me conoce usted! ¡no, no es usted el que vino á Montfermeil, á mi posada, hace ocho años, en la noche de Navidad de 1823! ¡no es usted el que se llevó de mi casa á la hija de la Fantina! ¡la Calandria! ¡no es usted el que llevaba un carriek amarillo! ¡no! y un paquete, lleno de trapos, en la mano, como traje esta mañana á mi casa! ¡Dime, tú, esposa! ¡no es verdad que es una manía en este hombre la de llevar á las casas paquetes llenos de medias de lana! ¡anda! ¡viejo caritativo! ¿Es que es usted fabricante de gorros de dormir y de medias, señor millonario? ¡va usted repartiendo á los pobres el fondo de su tienda, santo varon! ¡qué farsante! ¡Ah! ¿conque no me conoce usted? ¡Pues bien! ¡yo sí que le cocozco á usted perfectamente! le conocí en seguida, en cuanto metió aquí el hocico. ¡Ah! va usted á ver el fin que no es todo color de rosa, esto de ir é introducirse así en las casas de las gentes, so pretexto de que son posadas, con ropas raidas y miserables, con trazas de verdadero mendigo, que daba ganas de darle un sueldo de limosna, engañar á las personas, echarla de generoso, quitarlas su gana-pan, y amenazar despues en los bosques; y que no se paga todo esto con traer despues á las gentes, cuando están ya arruinadas, una levita demasiado ancha y dos malos cobertores de hospital; ¡mal viejo, ladrón de niñas!

Se deluvo, y pareció durante un momento como que hablaba consigo mismo. Diríase que su furor caía, como el Ródano, en algun agujero; despues, como si concluyera en alta voz las cosas que acababa de decirse en silencio, dió un fuerte puñetaszo sobre la mesa y gritó:

— ¡Con su aspecto de bonachon!

Y apostrofando al señor Leblanc:

— ¡Pardiez! usted se burló de mí en otra ocasion! ¡Usted es la causa de todas mis desgracias! Por mil quinientos francos se me llevó usted una chica que yo tenía, y que sin

la menor duda pertenecía á gentes ricas, una muchacha que me habia producido ya mucho dinero, y de la cual debia yo sacar con que vivir para toda mi vida! ¡Una criatura que me habria ella sola indemnizado de todo cuanto he perdido en aquella abominable posada donde se hacian continuos *jachipenes murnós*¹, y donde yo he comido y consumido como un majadero toda mi santa hacienda! ¡Oh! desearia que todo el vino que se ha bebido en mi casa sirviera de veneno á los que le han bebido! ¡En fin, no importa! ¡Dígame usted! ¡qué bien se reiria y se burlaria usted de mí cuando se me largó con la Calandria! ¡Llevaba usted su garrote en el bosque! Entónces era usted el más fuerte. Ahora viene el desquite para mí. ¡Hoy, tengo yo en mi mano todos los triunfos! ¡Está usted perdido, pobre hombre! ¡Ah, sí! Ahora me toca á mí reir y divertirme á mi vez. ¡De véras que río! ¡Cómo ha caido en el garlito! Le he dicho que yo era actor, que me llamaba Fabantou, que he trabajado en el teatro con la señorita Mars, ó señorita Muche, que mi casero queria ser pagado mañana, 4 de Febrero, y ni siquiera ha sido capaz de notar y de comprender que el trimestre de casa no concluye el 4 de Febrero, sino el 8 de Enero! ¡Animal de badulaque! ¡Y se viene con esos cuatro ruines felipes, Canalla! ¡Ni siquiera ha tenido aliento para llegar á los cien francos! ¡Y cómo le engañaba yo con mis simplezas y bobadas! Esto me divertía. Y decia entre mí: ¡Zopenco! anda, que ya te tengo agarrado. ¡Esta mañana te estoy lamiendo las patas, pero á la noche te he de roer el corazon!

Thénardier calló. Estaba sofocado y sin alientos. Su pecho diminuto y mezquino jadeaba resoplando como el fuelle de una fragua. Sus ojos mostraban esa feroz satisfacción, esa innoble dicha de una criatura débil, cruel y cobarde, que al fin cree poder aterrar lo que ella ha te-

¹ Orgías costosísimas.

mido ántes é insultar lo que ántes ha adulado, el gozo de un enano que pusiera su tacon sobre la cabeza de Goliath, la alegría de un chacal que comienza á destrozár un toro enfermo, bastante muerto ya para no poderse defender, bastante vivo para sufrir aún.

El señor Leblanc no le interrumpió, pero le dijo cuando él se interrumpió :

— Yo no sé lo que usted quiere decir. Usted se equivoca. Yo soy un hombre muy pobre, bien léjos de ser un millonario. No le conozco á usted. Sin duda me toma usted por otra persona.

— ¡ Ah! berreó Thénardier, ¡ buen columpio! ¡ grande equilibrista! ¡ Ahora quiere usted chancearse así! ¡ Está usted patullando, buen viejo! ¡ Ah! conque no se acuerda usted! ¡ No ve usted quién soy yo!

— Dispense usted, respondió el señor Leblanc con un acento de urbanidad y de finura que en semejantes circunstancias ofrecía algo de extraño y de vigoroso, ya veo que es usted un bandido.

¿ Quién no lo ha notado alguna vez? los entes odiosos tienen su susceptibilidad, los monstruosos suelen también ser quisquillosos. Al oír esta palabra, bandido, la tía Thénardier se lanzó precipitadamente fuera de la cama, y Thénardier cogió su silla como si fuera á hacerla pedazos entre sus manos. — No te muevas tú, gritó á su mujer, y encarándose con el señor Leblanc :

— ¡ Bandido! ¡ sí, dijo, bien sé yo que nos llamáis de esa manera, señores ricos! ¡ Toma! ¡ y es verdad, yo he hecho quiebra, vivo escondido, no tengo pan, no tengo un centavo, soy un bandido! ¡ Tres días hace ya que no como, luégo soy un bandido! ¡ Ah! vosotros os calentáis los piés en ricos escarpines de Sakoski, tenéis levitas acolchadas como unos arzobispos, habitáis el cuarto principal en casas de portero, coméis ricas criadillas de tierra, manojos de espárragos que

os cuestan ocho pesos cada uno en el mes de Enero, guisantitos frescos, las primicias de todo, os refociláis, os embriagáis, y cuando queréis saber si hace frío, miráis en el periódico lo que marca el termómetro del ingeniero Chevalier; ¡ pero nosotros! ¡ Ah! ¡ á nosotros nos sirven nuestros propios cuerpos de termómetros! No necesitamos ir al muelle, á la esquina de la torre del Reloj, á ver cuántos grados hay de frío; sentimos cuajarse la sangre en nuestras venas y llegarnos el hielo hasta el corazón, y decimos: ¡ No hay Dios! Y venís á nuestras cavernas, sí, á nuestras cavernas, á llamarnos bandidos! ¡ Pero ya os conocemos nosotros! ¡ ya os devoraremos, pobres pigmeos! ¡ Señor millonario! sepa usted esto: ¡ Yo he sido un hombre que ha tenido su establecimiento, he tenido mi patente, he sido vecino, he sido elector, yo también soy *bourgeois*! ¡ y tal vez usted no lo es!

Aquí Thénardier dió un paso hácia los hombres que estaban junto á la puerta, y añadió con cierto temblor :

— ¡ Cuando pienso que tiene la audacia de venir á hablarme como á un zapatero de viejo!

Y dirigiéndose en seguida al señor Leblanc, con un recrecimiento de frenesi, le dijo :

— ¡ Y sepa usted también esto, señor filántropo! Yo no soy un hombre oscuro! ¡ Yo no soy un nombre que nadie sabe cómo se llama, y que va á las casas á llevarse las criaturas, á robar niñas! ¡ Yo soy un antiguo soldado francés, y debería estar condecorado! ¡ Yo me hallé en Waterloo! ¡ y salvé la vida en medio de la batalla á un general llamado el conde de Pontmercy! Ese cuadro que está usted ahí viendo y que ha sido pintado por David en Bruqueselas, ¿ sabe usted á quién representa? Me representa á mí. David ha querido inmortalizar este hecho de armas. Yo llevo á cuéstas al general Pontmercy, y le saco á salvo de en medio de la metralla. ¡ Esto es la historia! Y ni siquiera ha hecho nunca nada por mí, el tal general; no valía él ciertamente más

que los otros! ¡ todos sois lo mismo! ¡ Y sin embargo, no por eso dejé yo de salvarle la vida, con peligro de la mía; los bolsillos tengo llenos de certificados de todo eso! ¡ Yo soy un soldado de Waterloo, por vida de mil demonios! Y ahora que he tenido la bondad de decirle á usted todo esto, concluyamos; necesito dinero, necesito mucho dinero, necesito enormes sumas de dinero, ó le extermino á usted; ¡ por todos los truenos de Dios eterno!

Marius había recobrado algún imperio sobre sus angustias y continuaba escuchándolo todo. La última posibilidad de duda acababa de desvanecerse. Aquel hombre era, en efecto, el Thénardier del testamento de su padre. Marius se estremeció al oír aquel reproche de ingratitud dirigido á su padre, y que él se hallaba á punto de justificar de un modo tan fatal. Sus perplejidades redoblaron. Por lo demás, había en todas estas palabras de Thénardier, en el acento, en el gesto, en la mirada que hacía brotar llamas de cada palabra, había en aquella explosión de una naturaleza perversa mostrándolo todo, en aquella mezcla de fanfarronada y de abyección, de orgullo y de mezquindad, de fatuidad y de rabia, en aquel caos de agravios reales y positivos y de sentimientos falsos, en aquel impudente descaro de un malvado que saborea el deleite de la violencia, en aquella cínica desnudez de un alma horrible, en aquella conflagración de todos los sufrimientos combinados con todos los odios, algo que era horrendo como la maldad y punzante como la verdad.

La obra maestra de pintura, el cuadro de David cuya compra había él propuesto al señor Leblanc, no era otra cosa, según lo ha adivinado ya el lector, que la muestra de su bodegón, pintada por él mismo, como fácilmente se recordará, y única reliquia que conservaba de su naufragio de Montfermeil.

Como él había dejado ya de interceptar el rayo visual de Marius, podía este ahora considerar aquel llamado cuadro, en cuyo embadurnado reconocía realmente una batalla, un fondo de humo, y un hombre llevando á cuestas á otro. Sin duda que este era el grupo de Thénardier y de Poutmercy, el sargento salvador y el coronel salvado. Marius se hallaba como embriagado por la presencia de aquel cuadro, el cual le representaba en cierto modo tan al vivo la memoria de su padre; ya aquella no era la muestra de la taberna de Montfermeil, era una resurrección; una tumba se entreabría allí, un fantasma se incorporaba, se levantaba. Marius oía su corazón latir en sus sienes, el cañón de Waterloo resonaba en sus oídos, el espectro ensangrentado de su padre, vagamente diseñado y coloreado en aquel paño siniestro, le causaba pavor, pareciéndole que aquella sombra informe le miraba fijamente.

Luégo que Thénardier hubo recobrado aliento, clavó en el señor Leblanc sus sangrientas pupilas, y le dijo con voz baja y breve:

— ¿Qué es lo que tú tienes que decir ahora, ántes que se te haga trizas?

El señor Leblanc guardó silencio. En medio de este silencio, una voz rasgada y bronca lanzó desde el corredor este lúgubre sarcasmo:

— ¡ Si hay que descopar, yo estoy pronto!

Era el hombre del hacha que se divertía y se hacía el gracioso.

Al mismo tiempo, una enorme caraza terrosa y feroz se dejó ver á la puerta con una risa horrible que mostraba no dientes de hombre sino colmillos de perro ó de jabali.

Era el rostro del hombre que tenía en la mano el hacha ó destal.

¿ Por qué te has quitado la careta? le gritó Thénardier con furor.

— Para reír, contestó el hombre.

Hacia algunos instantes que el señor Leblanc parecía seguir y espiar todos los movimientos de Thénardier, quien, deslumbrado y cegado por su propia rabia, iba y venía por aquella guarida con la confianza que le inspiraban las circunstancias de tener la puerta guardada de retener como en prision, él armado, á un hombre inerte y de ser ellos nueve contra uno, suponiendo que la Thénardier no contara sino por un hombre. En su apóstrofe al del hacha, volvió él la espalda al señor Leblanc.

El señor Leblanc se aprovechó de este momento, apartó la silla con el pié, la mesa con el puño, y de un salto, con prodigiosa agilidad, ántes que Thénardier hubiera tenido tiempo de volverse, se hallaba ya en la ventana. Abrirla, escalar el apoyo, saltar sobre él, todo fué obra de un segundo. Ya se hallaba con la mitad del cuerpo fuera, cuando seis puños robustos le agarraron y le restituyeron enérgicamente en el desvan. Eran los tres « fumistas » que se lanzaron sobre él inmediatamente. Al mismo tiempo, la Thénardier le habia cogido por los cabellos.

Al oír el pataleo que allí se hizo, acudieron los otros bandidos del corredor. El viejo que estaba sentado sobre la cama y que parecia como embriagado, descendió del camastro, y llegó tambaleándose, llevándose en la mano un martillo de peon caminero.

Uno de los « fumistas » ó deshollinadores, cuyo rostro tiznado alumbraba apenas la vela, y en el cual, á pesar de su emburnado, reconoció Marius á Panchaud, alias Printanier, alias Bigrenaille, levantó sobre la cabeza del señor Leblanc una especie de maza doble, compuesta de dos bolas de plomo colocadas en las extremidades de una bara de hierro.

Marius no pudo ya resistir á este espectáculo. — ¡ Padre mio, dijo para sí, perdóname! — Y su dedo buscó el

gatillo de la pistola. Ya iba á disparar, cuando oyó la voz de Thénardier que gritaba :

— ¡ No hacerle daño !

La desesperada tentativa de la víctima, léjos de exasperar á Thénardier, le habia calmado. Habia en él dos hombres, el hombre feroz y el hombre sagaz. Hasta este momento, en la embriaguez del triunfo, ante la presa abatida y sin poderse mover, habia dominado el hombre feroz; mas cuando la víctima se agitó y pareció que queria luchar, el hombre sagaz y diestro empezó á prevalecer en él.

— ¡ No le hagáis daño ! volvió á decir, y sin que él lo supiera, consiguió ya un primer triunfo, deteniendo la pistola, pronta á disparar, paralizando á Marius para quien desapareció ya la urgencia, y quien, en vista de esta nueva fase que presentaba la escena, no vió inconveniente en esperar aún. ¿ Quién sabe si no surgiria algun incidente que le librase de la horrible alternativa de dejar perecer al padre de Úrsula ó de perder al salvador del coronel ?

Una lucha hercúlea se habia empeñado. De una fuerte puñada en el torso, el señor Leblanc habia lanzado al viejo rodando por medio del desvan; de otros dos reveses, habia dado en tierra con otros dos acometedores, teniendo á cada uno de ellos bajo sus rodillas; los miserables acezaban con estertor bajo aquella presion, como bajo una rueda de molino; pero los otros cuatro habian echado mano al temible anciano, cogiéndole por ambos brazos y por la nuca, y le tenian postrado y agachado sobre los dos « fumistas » que él habia derribado en tierra. En esta situacion, dominando á unos y dominado por otros, aplastando á los que estaban debajo y ahogándose bajo los que él tenia encima, sacudiendo en vano todos los esfuerzos que se aglomeraban sobre él, el señor Leblanc desaparecia bajo aquel horrible grupo de bandidos como el jabalí bajo un tropel de alanos y de sabuesos aullando.

Por fin lograron derribarle sobre la cama más próxima á la ventana, teniéndole allí sujeto. La Thénardier no le había soltado aún los cabellos.

— Mira, tú, la dijo el marido, no te mezcles en esto. Vas á romper tu pañuelo.

La Thénardier obedeció, como la loba obedece al lobo, con un gruñido.

— Vosotros, añadió Thénardier, registradle.

El señor Leblanc parecía haber renunciado ya á todo género de resistencia; y le registraron. Nada llevaba consigo sino una bolsa de cuero, la cual contenía seis francos, y su pañuelo.

Thénardier se guardó el pañuelo en su bolsillo.

— ¡Cómo! ¿no lleva cartera ninguna? preguntó.

— Ni siquiera reloj, contestó uno de los « fumistas. »

De todos modos, murmuró con voz de ventrílocuo el hombre enmascarado que llevaba la grande llave en la mano, no cabe duda que es un viejo duro y temible.

Thénardier se dirigió al rincón de la puerta, y tomó allí un paquete de cuerdas que les arrojó, diciéndoles :

— Atadle á los pies de la cama; y reparando en el viejo que había quedado tendido en el suelo, en medio de la pieza, de resultas de la puñada que le había sacudido el señor Leblanc, y que no se movía, preguntó :

— ¿Es que está muerto Boulatruelle ?

— No, respondió Bigrenaille, está borracho.

— Barredle hácia un rincón, dijo Thénardier.

Dos de los deshollinadores empujaron al beodo con los pies junto al montón de herraje.

— ¿Babet, por qué has traído tanta gente? dijo Thénardier en voz baja al hombre del garrote, era inútil.

— ¿Qué quieres? replicó el hombre del garrote, todos querían ser de la partida. Los tiempos están malos. No se hace negocio ninguno.

El camastro sobre el cual habían derribado al señor Leblanc era una especie de cama de hospital apoyada sobre cuatro toscos montantes ó pies de madera, apenas cortados á escuadra. El señor Leblanc se mostró pasivo, dejándolos hacer con él lo que quisieran. Los bandidos le amarraron sólidamente, bajándole los pies hasta el suelo, al montante de la cama que se hallaba más lejos de la ventana y más próximo á la chimenea.

Luégo que hubieron apretado bien el último nudo, Thénardier cogió una silla y fué á sentarse casi frente por frente del señor Leblanc. Thénardier parecía ahora ya otro hombre; en pocos instantes, su fisonomía había pasado de la más desenfrenada violencia á la más serena y astuta amabilidad. Á Marius costaba mucho trabajo el reconocer en aquella sonrisa, fina y complaciente, de hombre de oficina, ó más bien, de mostrador, la boca cuasi bestial que echaba espumarajos pocos momentos ántes; consideraba con estupor aquella metamorfosis fantástica é inquietante, y experimentaba lo que experimentaría un hombre que viese á un tigre convertido en abogado ó procurador.

— Señor mío, ... dijo Thénardier.

Y haciendo con un gesto que se apartaran los bandidos que aún tenían puestas las manos sobre el señor Leblanc :

— Alejense ustedes un poco, dijo, y déjenme á mí conversar con este caballero.

Todos se retiraron hácia la puerta, y él empezó á hablar al señor Leblanc de esta manera :

— Caballero, hizo usted mal en querer escaparse por la ventana. Habría podido romperse una pierna. Ahora, si usted lo permite, vamos á platicar tranquilamente. En primer lugar, es preciso que yo le comunique á usted una observación que he hecho, y es que todavía no ha lanzado usted el menor grito.